

Cuestión de excesos

El tramoyero

FABIÁN SANABRIA

Taller de Edición Rocca, Bogotá, 2012,
212 pp.

Que nadie sepa su soledad. Él prefiere contemplar de lejos los aplausos: reacciones cómicas de otros. ¿Soberbia disimulada? Ya ni sé de quién hablo. (p. 94)

EL TRAMOYERO es la primera novela del antropólogo y sociólogo colombiano Fabián Sanabria, escrita entre 2006 y 2010, en Cartagena y París, con un preludio dedicado a Bogotá. Los tiempos coinciden, así como las ciudades: un par de hechos ocurridos en Colombia durante ese período (la recordada historia de la pirámide DMG y la controversia creada por los medios de comunicación sobre la personalidad y el origen de su creador, en este caso conocido como JPM, así como la intervención de la justicia colombiana en el caso) son utilizados brevemente por Sanabria como telón de fondo (que no termina por justificarse plenamente, aunque se comprenda su intención) para presentar un par de historias sobre memorias, promesas y liberaciones, en la cálida Cartagena (en más de un sentido) y la melancólica París (en el más curioso de los sentidos).

Dos historias que juegan a ser paralelas, pero se cruzan repetidamente en su narración. Una, en primera persona, la historia del narrador, en presente, compuesta por algunos viajes al recuerdo, por letras de boleros, por momentos que parecen repetirse, abandonos personales y viajes en búsqueda de una promesa por cumplir. Otra narra el pasado, los cambios, los ascensos meteóricos de un hombre representado por una grafía, una serie de pasiones no aceptadas, y un harén de otras letras que le adoran, le temen y le siguen, siendo demasiado fieles para su propia dignidad.

La dualidad parece ser el centro de la obra. Una condición humana casi imposible de conjugar, pero evidente en las posturas y los actos de los personajes. Una dualidad excesiva que el autor expresa ampliamente a lo largo de la historia, a través de metáforas

y sencillos juegos de palabras: el tramoyero, protagonista de la historia, conocido como H, no es solo el trabajador de un teatro independiente y casi experimental; es también un perfecto maquinador de intereses. Y sus intereses incluyen escapar de su condición económica e intelectual, aparentar una holgura que no posee y un conocimiento del mundo que aún es bastante lejano, superar su pasado de limitaciones, mezclarse con el mundillo refinado bogotano-cartagenero-parisino, convertirse en un ídolo de masas y mujeres engañadas, y ocultar de paso su condición homosexual reprimida. Y para lograrlo, para convertirse en una figura elitista y elevada, se mueve en el mundo de los ímpetus, las fascinaciones y las imposturas. Recrea la falsedad en su vestuario, sus movimientos, sus acciones, sus proyectos. Niega su propio ser, su desconocimiento, su ignorancia selectiva, su falta de talento, su pasado y su conflictivo presente. Se niega a sus verdaderas inclinaciones, a sus verdaderas intenciones, y suele convertir el sexo en un medio para hacerse poderoso ante las mujeres que doblega constantemente, y los hombres que le esperan, de vez en cuando.

El narrador, por su parte, evoca una dualidad menos transparente que la de su compañero/adversario: F es un intento de intelectual un poco más afortunado que H, viajero regular, estudioso a ratos y lector a medias de la realidad, menos satisfecho de sí mismo que su antiguo compañero de aventuras, de estética tan estafalaria (aunque diferente) como su pasado amante y tan poco consciente de sus propias condiciones, que dedica su presencia a la crítica y el recuerdo.

Con *El tramoyero*, Sanabria encuentra una personificación que no solo representa a sus personajes, sino que además compone una crítica a los paradigmas de éxito que abundan en la sociedad. Al querer ascender en la escala social, H, el tramoyero, se convierte en un embaucador, mentiroso y estudioso estratega de las falencias de otros, para usarlas en su beneficio, sin calcular los efectos de sus manipulaciones. El ideal de crecer, de adquirir estatus, de modificarse a sí mismo para representar un papel lustroso en las escalas sociales, convierte al joven

en un ser inescrupuloso, ansioso por su propio bienestar. F, por su parte, se queda en el intento. En muchos intentos y pocas realizaciones. En muchas posibilidades y pocos logros.

La crítica al establecimiento y las iniciativas de ascenso; el cuestionamiento a las expresiones intelectuales que se enlazan a las pantomimas sociales; el *homoerotismo* y su condición errante en una sociedad todavía machista y prejuiciosa; el sadomasoquismo y sus imprevistas personales, íntimas y públicas; la naturaleza cambiante de un cuerpo al pasearse por ambientes dispares; el ritmo de una misma vida al transportarse a mundos que poco o nada coinciden entre sí... Y en el medio una historia de amor, celos, pasiones, miedos, fantasías y ambiciones, que logra apenas desarrollarse. Todas las buenas ideas que se funden en la historia se enfrentan con un enemigo en común: el estilo recargado y ruidoso del autor. La gratuidad del exceso.

La agilidad con la que a veces parece circular la historia es escasa y apenas una ilusión que por instantes motiva a la continuidad de la lectura. Demasiados adjetivos y frases sin ton ni son a lo largo de la narración terminan por distraer bastante, por generar un inútil ruido de fondo que ensombrece la historia central; por hacer creer que el ideal de Sanabria a la hora de estructurar su narración es, casi que de manera predominante, generar un estilo ostentoso, ajeno a la claridad de las mejores tradiciones literarias de las últimas décadas.

Para empezar, Sanabria decide eliminar completamente las comas, expresando la pausa con una mayúscula inicial en la palabra siguiente. De entrada la proposición suena interesante, y lo es, hasta que el lector puede reconocer que no hay propósito alguno en la propuesta. El objetivo es mucho más simple, omitir las comas. Punto. ¿Y el punto? Que aparezca después de mucho rato, de hablar mucho y contar poco.

Porque el exceso y lo superfluo de la obra no la convierten necesariamente en una novela elegante (salvo en algunos pasajes en los que las imágenes se transforman de nuevo en metáforas de sí mismas), sino en una que se extiende demasiado y va entregando por partes lo mejor de su composición: la capaci-

dad de vislumbrar algunos hechos expresados con alusiones y traslaciones notables; algunos saltos en el tiempo, muy bien utilizados como para ser casuales; la exposición casi completa de personalidades conflictivas, intensas, exigentes y dominantes...

Así, el intento sugiere, pero no completa. Hace esperar demasiado por una conclusión apresurada, después de una amplia secuencia de rodeos que chocan entre sí. Lo mejor de la obra queda relegado. Lo mejor de la narración queda opacado por la necesidad del adorno, y su iniciativa se pierde: un proyecto que no oculta su interés por recrear lo más contemporáneo de nuestras relaciones sociales (celulares, correos electrónicos, redes sociales) en medio de vínculos y expresiones que se mantienen desde hace bastante tiempo en el mundo de las interacciones humanas (celos, fidelidad, perversión, miedo); un proyecto que evidencia las escenificaciones, las trampas, las farsas que supone en muchos casos el escalar, el transformar, el alterar una realidad innegable.

El tramoyero termina, de este modo, por ser un ejercicio en ciernes. Un libro que podría abordarse mucho más rápido y con mayor éxito. Que podría descontar varias páginas de inconexas posturas y frases sueltas, y dedicarse a la fluidez, la generación de imágenes mentales, la evocación de memorias. Que podría resumirse demasiado fácilmente, a partir de un par de ejemplos. O podría vincular mejor las varias ideas que rondan por ahí con aparente libertad, pero también —otra vez— con una serie de excesos que las deslucen.

Viviana Molina